

CAPITULO 9

¿Qué ha sucedido?

—Así es. Como debo seguir camino rumbo a Carahue para hacer diligencias en la notaría, aproveché la ocasión y he pasado a visitarte. Me sirvo el café y vuelo, antes que el temporal me ancle aquí.

Al ponerse de pie, entregaba la taza vacía a Alondra y aprovechaba la oportunidad para rozar su mano. Se miraron como si se conocieran de siempre; se desearan de siempre; se buscaran de siempre bajo la lluvia. Aunque esta letanía de siempre, no siempre tiene validez.

—Luis; si vas a regresar de Carahue mañana en la mañana, te vienes a almorzar con nosotros.

—Gracias. Así lo haré, compadre. ¿Necesitan algo del pueblo?

—Creo que nada —y Javier miró a Alondra.

Los hombres salieron al patio, mientras hablaban como si no lo hubiesen hecho desde el invierno anterior. Se daban de palmadas en los hombros y se decían confidencias pícaras, entre risas. Cuando Luis Onfrey ponía el motor en marcha, vio a Alondra asomada a la misma ventana de cuando la había conocido. Otra vez surgía para endulzar sus ojos.

Imagen donde impera el sortilegio y hay preguntas en la mirada. Luis la iba a mantener durante el viaje a Carahue, convertida en amuleto. En secreta señal. ¿Cuál mensaje le quería comunicar? Por momentos, creía que ella lo acompañaba y él se atrevía a hablarle de amor. ¿Cómo aquietar los pálpitos? “Muy pronto vendré por ti, Alondra”.

La empezaba a desear, dominado por la furia de la lluvia. A sentir burbujas en su sangre vertiginosa; vaticinio que no reconoce tiempo ni edad, menos aún devoción al amigo. ¿Acaso ruptura? Aunque el aprecio hacia Javier se resintiese o concluyera para siempre, convertido en un ramalazo, la buscaría hasta doblegarla y la llevaría a vivir a su cabaña. No constituía capricho de adolescente o traición, pues a menudo el amor transita caminos de arbitrariedad.

Enreda, desata, anda y desanda por rutas desconocidas. Jamás se extingue cuando surge el fuego y ni nadie lo puede sofocar. Apenas la vio asomada a la ventana, sus ojos la iban a buscar hasta en la oscuridad.

Aquella noche, Javier Alcántara quiso dormir, sin embargo, la presencia de Alondra perturbaba su vida. ¿Cómo negarlo? Conocía su desnudez expuesta en la rosa de los vientos, la geografía de su cuerpo de islas aún sin explorar. Ríos de aguas cristalinas, vertientes donde el sediento se allega. Alturas,

depresiones, islas en cada recodo de caminos por indagar. Mesetas, quebradas próximas al istmo de su cuello.

De su intimidad, soñaba acariciarla sin apremio, mientras escudriñaría cada uno de sus gestos. ¿Debía entender que lo invitaba al *gaudeamus* del amor? De proseguir la búsqueda, desafiaba su boca colmada de palabras de almíbar, ojos de hurí tañedora de laúd, que resplandecen en noches de amor.

Besarla en la boca, ávido de acallar sorpresas, rincones ocultos a las miradas. Ansioso por sorber sus palabras, cada sílaba como un interminable rosario. Buscar su lengua de fuego y atreverse a susurrarle al oído, el grado de su pasión. Solo a ella se arriesgaría a decir cuánto la deseaba.

La nariz de Alondra acostumbrada a oler tardes de primavera, el aroma de los ríos de su infancia, secretos jardines, pues sabía distinguir los olores, porque debía ser de esa región, donde los amantes se bañan bajo la luz de la luna.

¿Recuerdas aquella mañana que te rescaté del río? Vestías el camisón azul de tu inocencia. Y yo, por momentos, supuse que estabas muerta. Mis manos escudriñan tu nuca de ondina. Quieren sorprender mi búsqueda. ¿Cómo desenredar la frondosidad de tu cabellera? Me prodigo hebra a hebra hasta tejer tus trenzas. Ondina de ríos nunca navegados por el hombre.

Han cubierto tus hombros como si fuesen olas de esa mar que nos deslumbra. Incontenible y bravía, desplegada en el horizonte. Añoro aquella tarde cuando te encontré a la orilla del río, dedicada a lavar, mientras me atribuyo tareas de tejedor de alfombra persa. Enhebro la aguja de mi pasión bajo la luz de la esperanza y aguardo el resultado.

Descender hasta tus volcanes que manan el néctar de la vida. Recorrer a ciegas el arcoíris de tu ondulante cuerpo hasta las raíces, cráter abierto al crepúsculo. Engolosinarse de miel de abeja. Sorberla sin prisa hasta agotar nuestra lujuria, mientras nos ampara la noche.

¿Dónde anida el ave de la voluptuosidad? A tientas la busco en tus secretos baúles. ¿Volará al sentir que intento atraparla? De ahí arriba a tu vientre, ansioso de reposar la cabeza en la blandura de su nimbo.

Afuera, llueve amada Alondra; llueve hasta perturbar mi salacidad. Atreverme a más se convierte en desafío, avidez por descubrir las rutas secretas, vinculadas a tu cuerpo. He transitado infinidad de caminos, mientras buscaba a quien entregarle mi pasión. ¿Por qué enmudeces ante mi temeridad? ¿Acaso no ansías disfrutarla, llevada al límite de la lujuria? Cierras los ojos y aguardas las caricias que sólo a ti, he reservado. ¿Atreverme a más? Lo ignoro.

Mis dedos, gotas de rocío, buscan tu ombligo, obstinada depresión, acaso el quiebre del horizonte. ¿Debería interpretar su cicatriz? Boca muda, cerrada a nuestra curiosidad. Aunque sé tu nombre, me gusta que lo pronuncies hasta cansar tus palabras. Alondra-Ondina, Ondina-Alondra. Me provoca saber que has huido de la cárcel, aunque ignoro la razón. Qué decir de tu Monte de Venus.

Desde ahí se puede contemplar las planicies y yedras del entorno. Se constituye en privilegio palpar la senda hacia la entrada a la gloria. Invadir tu intimidad a veces esquiva, o ausente, porque disfrutas hasta alcanzar el clímax. Enfrentados a la desnudez, te abres a mis súplicas, rocío matutino. Tu jadear me excita. ¿Cómo negarlo a la hora del deseo?

Sé que gozas, aunque no te atreves a manifestarlo. Nuestras bocas afiebradas se vigilan, estremecen, y es música el vaivén de las pelvis. Llueve y nos intimida el resuello del viento. ¿Me reconoces? ¿Aceptarías Alondra ser tu amante o tus recuerdos son otros? ¿Ansías otras locuras o te complace mi silencio? Por instantes, siento celos si alguien te mira.